



El conservadurismo en América del Norte. Tendencias actuales y perspectivas en Canadá

*Gary Levy**

Este artículo brinda el contexto necesario para discutir el neoconservadurismo al estudiar las fuentes del conservadurismo tradicional en Canadá; examina algunas de las razones por las cuales esta misma corriente ha dado origen a aquella tendencia. La conclusión a que se llega es que, si bien el conservadurismo desempeñaba una función integradora, no se puede decir lo mismo respecto del neoconservadurismo, lo cual en una sociedad como la canadiense es motivo de preocupación.

* Editor de la *Canadian Parliamentary Review*, Ottawa.

LA TRADICIÓN CONSERVADORA DE BURKE

En uno de los textos canadienses clásicos de ciencia política, Gad Horowitz, siguiendo la corriente de Louis Hartz en Estados Unidos, argumenta que las sociedades fundadas por los europeos en el Nuevo Mundo eran fragmentaciones ideológicas de la sociedad europea de donde provenían. El sector canadiense, dice, a diferencia del estadounidense, no era de un liberalismo burgués monolítico, ya que incluía un elemento conservador. Su objetivo era explicar la existencia del socialismo en Canadá (y su correlativa ausencia en Estados Unidos) como una reacción al conservadurismo que siempre había estado presente en aquel país. Al hacerlo, mostraba también hasta qué grado las ideas conservadoras permeaban la sociedad canadiense,¹ ideas a las que se designa como “conservadurismo de Burke”, puesto que se derivan del pensamiento del estadista inglés del siglo XVIII, Edmund Burke.

Este autor escribió en la época en que se desarrollaban las revoluciones francesa y estadounidense, y criticó particularmente a estas sociedades que asignaban gran valor a los documentos constitucionales, que él llamaba “simples pedazos de papel”. Prefería, con mucho, el concepto inglés de constitución no escrita, basada fundamentalmente en el precedente y la tradición. Cuando los padres canadienses de la Confederación adoptaron una constitución federal en 1867, no se preocuparon por el hecho de que muchos elementos esenciales no estuviesen consignados por escrito. Por ejemplo, el caso llamado de Gobierno Responsable, que implica que el gobierno debe renunciar si no tiene mayoría en la Cámara de los Comunes, es una realidad, una tradición no escrita, como tampoco lo es en Gran Bretaña. Tampoco había fórmula alguna de conciliación o protección de derechos y libertades más allá de lo que se basaba en costumbres y tradiciones no consignadas por escrito. La importancia de las tradiciones no escritas perdura, a pesar de que los canadienses se inclinan hacia un punto de vista más al estilo estadounidense del constitucionalismo.

Burke fue un sólido pilar de la monarquía, apoyada fuertemente en el orden jerárquico y en el continuismo. Criticaba con acritud el énfasis que

¹ Gad Horowitz, “Conservatism Liberalism and Socialism in Canada”, en R.S. Blair y J.J. McLeod, comps., *The Canadian Political Tradition* (Toronto: Nelson, 1989).

se daba a los derechos humanos, adoptados por los teóricos de contratos de su época. Pensaba que había ideas y valores que trascendían los de los ciudadanos en lo individual en determinado momento en el tiempo. La sociedad, es ciertamente un contrato, continúa, “pero no sólo entre los que viven, sino entre éstos, los que han muerto y los que están por nacer”. La monarquía y sus valores de jerarquía y deferencia ante la autoridad son conceptos firmemente arraigados en la psique de los canadienses.

Según Burke se debía dar gran importancia a la noción de orden (que no corresponde a los conceptos actuales de ley y de orden). La cláusula referente a la división de poderes en la federación canadiense establece que el Parlamento hace leyes para “la paz, el orden y el buen gobierno” de Canadá. Este lema contrasta notablemente con el estadounidense de “vida, libertad y preservación de la felicidad”. El orden incluye un elemento que proporciona seguridad a los desposeídos y a los pobres. Entre otras cosas, Burke reconoce las ventajas de la tolerancia religiosa en la época en que los católicos tenían pocos derechos civiles en Inglaterra. En Canadá, donde una pequeña minoría inglesa gobernaba una gran mayoría católica, las teorías religiosas de Burke tuvieron un efecto práctico, como el reconocimiento de ciertos derechos religiosos colectivos, particularmente en el área de la educación.

Este pensador escribió extensamente acerca de la propiedad y la necesidad de proteger la propiedad privada, pero en ningún lugar habla de la obsesión por la empresa privada, eficiencia y ganancias, temas por los cuales propugnan hoy en día los ideólogos neoconservadores. De acuerdo con los planteamientos de Burke, líderes conservadores tradicionales, como Robert Stanfield, reconocen que “hay muchas más cosas que hacer en la vida nacional que simplemente incrementar el producto nacional bruto. Una economía sana es obviamente importante, pero los conservadores tradicionales se preocupan más acerca de los efectos del crecimiento económico, la clase de condiciones que crea, y si todos los sectores de la nación resultan beneficiados, si hay un mayor sentido de equidad, justicia y autorrealización como resultado de tal crecimiento y, en consecuencia, si se refuerza el orden social y se mejora la calidad de vida nacional”.²

² Robert Stanfield, “Conservative Principles and Philosophy”, en Paul Fox y Graham White, comps., *Politics Canada*, 6a. ed. (Toronto: McGraw-Hill Ryerson, 1987), 376-380.

Por supuesto, el conservadurismo canadiense no se inicia ni termina con Burke. También hay fundamentos originales de los canadienses, sobre todo del primer ministro de Canadá *sir* John A. MacDonal. En 1854, MacDonal se hizo cargo del liderazgo del Partido Conservador que se hallaba en franca decadencia hacía más de una generación. MacDonal se dio cuenta de que el éxito dependía de reunir tres poderosas fuerzas de la sociedad canadiense: los gobiernistas, los francocanadienses y un segmento de anglocanadienses, conocidos entonces como los reformistas. De los gobiernistas tomó su inalterable lealtad a la Corona británica, su determinación de preservar una existencia independiente en Norteamérica y la convicción de que los vínculos con Inglaterra eran la salvaguarda más segura para su independencia. De los francocanadienses tomó la idea de que la unidad nacional requería algún tipo de reconocimiento especial para Quebec, conclusión a la que llegó, principalmente, al trabajar con un teniente quebequense y al aceptar gestos de carácter simbólico, como rotar la presidencia legislativa entre anglo y francocanadienses, además de ordenar que el francés fuese también lengua oficial en la Cámara de los Comunes. De los anglocanadienses reformistas tomó la perspectiva según la cual el desarrollo económico era esencial para el futuro del país, y no vaciló en usar al Estado como instrumento con tal de lograr el grado de desarrollo que se había propuesto.

Desde 1854 hasta su muerte, después de las elecciones de 1891, MacDonal fue la figura dominante en la política canadiense. Tomó la idea abstracta del conservadurismo y le dio sustancia. La más evidente medida de su éxito consiste en que los subsecuentes gobiernos federales siguieron al pie de la letra la mayoría de sus directrices políticas, bien fuesen conservadores, o como en el caso del siglo XX, con frecuencia liberales.

Antes de analizar la ruptura del conservadurismo tradicional canadiense y su reemplazo por el neoconservadurismo, debemos tomar en cuenta cuatro factores generales que configuran la política de este país. Primero, no debemos confundir el conservadurismo con el Partido Conservador. Las principales corrientes en Canadá, liberales y conservadores, no se basan en doctrinas ni en ideologías. Son partidos pragmáticos, cuyo éxito o fracaso se debe a su habilidad para armonizar intereses y resolver conflictos entre regiones o entre clases. Los partidos se “prestan” (algún día llegarán a robarse desvergonzadamente) uno al

otro. En muchos sentidos, por lo único que se distinguen es si en determinado momento tienen éxito o no. Así, la virtual eliminación del Partido Conservador federal en las últimas elecciones (sus representantes en la Cámara de los Comunes descendieron de 169 a 2), no nos dice mucho en sí acerca del destino del conservadurismo en Canadá.

Segundo, el gobierno responsable pone enormes atribuciones en manos del primer ministro cuando tiene mayoría en el Parlamento. El ministro nombra a todos los miembros del gabinete, elige a todos los miembros del Senado, selecciona a los dirigentes de los burócratas, nombra jueces en todas las cortes federales y ejerce muchísimo más poder que un presidente de Estados Unidos. Como formalmente no hay fuerzas que contrarresten tal poder, los canadienses utilizan a los partidos políticos para vigilar y balancear el del primer ministro, eligiendo gobiernos de diferente matiz político en el nivel provincial. Cuando Trudeau, un liberal que favorecía un gobierno central fuerte, estuvo a cargo de 1968 a 1984, muchas elecciones provinciales dieron el poder a líderes que estaban a favor de una mayor descentralización. Al salir Trudeau, los liberales ya no contaban con un solo gobierno provincial. Mulroney y los conservadores subieron al poder en 1984 con la promesa de reducir el poder del gobierno. Inmediatamente, varias provincias eligieron gobiernos que favoreciesen un desempeño más sólido para el Estado. A su vez, cuando Mulroney dejó de ser primer ministro, sólo había un conservador en un cargo oficial provincial. Por ello, aun si los partidos canadienses se basaran en posturas ideológicas, sería difícil decidir cuál es la ideología que sostienen los canadienses en determinada época, dado que, en forma ya rutinaria, eligen diferentes partidos, tanto en el ámbito federal como en el provincial.

Tercero, las responsabilidades se encuentran divididas entre el gobierno federal y las provincias. Esta división, como se concibió en sus orígenes, asignaba claramente los poderes más importantes al nivel federal, y asuntos de naturaleza local, a las provincias. Sin embargo, lo que eran responsabilidades menores en 1867, como el sistema hospitalario y la educación, se han convertido en problemas enormes y costosos en la década actual. Esto, en combinación con decisiones jurídicas que expandían la esfera de influencia de áreas provinciales (como la propiedad y los derechos civiles), ha convertido a las provincias (sobre todo las más extensas y ricas) en fuerzas políticas por derecho propio.

Cuarto, independientemente de que la división de poderes no sólo vincula inexorablemente la política federal y la provincial, los políticos canadienses han desarrollado el arte de desplazar sus responsabilidades hacia sus superiores. Así, si el gobierno federal decide, por razones ideológicas, transferir menos fondos a las provincias para el sector salud, entonces incluso las provincias que tienen grandes responsabilidades en este sector simplemente suprimen los servicios de salud. Esto no sólo ocurre entre el gobierno federal y el provincial, sino también entre las provincias mismas. Por ejemplo, la beneficencia y la asistencia social son una responsabilidad provincial. Las provincias más ricas atraen a personas que no encuentran trabajo en las provincias pobres. Algunas provincias ricas han reaccionado a esto disminuyendo los beneficios de la asistencia social, o bien ofreciendo un boleto de autobús sencillo para que se vayan aquellos que dependen de tal asistencia. Otras provincias, incluyendo a Columbia Británica, que tiene actualmente un gobierno socialdemócrata, decidieron establecer determinados requisitos para los que solicitan la residencia y que, a la vez, son beneficiarios de la asistencia social. No es posible comprender la política e ideología de una provincia si no se toma en cuenta lo que acontece en otros lugares del país.

LA EVOLUCIÓN DEL CONSERVADURISMO

Conociendo los factores expuestos anteriormente, veamos qué fue lo que ocurrió al conservadurismo tradicional y por qué. Para algunos, como el filósofo George Grant, el conservadurismo simplemente se ahogó él mismo ante la convincente fuerza del liberalismo estadounidense que lo rodea. En su ensayo *Lament for a Nation* (1965), Grant escribe: “[...] la imposibilidad del conservadurismo en nuestra nación es la imposibilidad de Canadá [...]”. Añade: “[...] como canadienses emprendimos una tarea ridícula al tratar de construir una nación conservadora en una era de progreso, en un continente que compartimos con la más dinámica nación del planeta”.³

³ George Grant, *Lament for a Nation* (Toronto: McLeland & Stewart, 1965).

Puesto que el conservadurismo persiste, cuando menos nominalmente, la pregunta fundamental es cómo y por qué se ha transformado. Una buena razón para empezar sería la coalición de fuerzas gubernistas, francocanadienses y anglocanadienses reformistas lograda por *sir* John A. MacDonald. Canadá es también una monarquía, y en tanto no exista un movimiento significativo para abolirla, el apoyo ha cambiado en muchas sutiles maneras. La población ya no es predominantemente inglesa de origen, y entre los inmigrantes, el apoyo a la monarquía representa menos del 50 por ciento. El representante de la reina, el gobernador general, tiene una posición que se ha ido debilitando por el nombramiento de ciertos políticos fracasados, algunos de los cuales se han vuelto activistas y aspiran a la jefatura del Estado. Los primeros ministros canadienses tienden a actuar de manera presidencialista, lo cual hace que la Corona aparente ser más periférica de lo que en realidad es.

El dualismo canadiense, es decir, la asociación de franco y anglocanadienses, quizá el más importante legado de la coalición MacDonald, ha sido rechazado por el pueblo durante la última década. El Acta de Derechos y Libertades (*Charter of Rights and Liberties*) de 1982 confirió a los canadienses un sentido de individualidad, sobre todo entre aquellos que previamente se sentían marginados por la sociedad. Los indígenas, las mujeres, los discapacitados, los homosexuales y las lesbianas creyeron sentir que ciertas cláusulas del Acta se referían directamente a ellos. El hecho de que el Acta fuese adoptada sin el consentimiento de la provincia de Quebec ha creado confusión en cuanto al dualismo y derechos colectivos contra derechos individuales, a tal punto que canadienses y quebequenses frustrados piensan seriamente en recurrir a la separación.

Las negociaciones del TLC con Estados Unidos (que también incluyeron después a México) fueron un clavo más en el ataúd del conservadurismo tradicional. Hace mucho que el Partido Conservador desechó la política de aranceles altos y, de hecho, no hay diferencias de opinión entre los partidos acerca del TLC. La idea había sido propuesta por el ex ministro liberal de Finanzas, Don MacDonald, en el Informe de la Real Comisión que se integró para estudiar el asunto. Pero el TLC no sólo cuestionó si los canadienses querían seguir siendo una nación independiente, sino que trajo consigo una nueva manera de ver la vida (de origen estadounidense): la competencia, la eficiencia del sector privado,

la importancia del libre movimiento de capitales, la inamovilidad de los cimientos. Éstas son las prioridades del nuevo conservadurismo canadiense. Cualquier beneficio económico que se haya obtenido del TLC (y yo pertenezco al grupo de canadienses que piensan que no se ha obtenido mucho) tiene que confrontarse con la “americanización” de la vida canadiense contra el reforzamiento de los valores tradicionales de Canadá.

No se puede ignorar el tema del liderazgo cuando se observa la transformación del conservadurismo. Robert Stanfield fue elegido líder del Partido Conservador en 1967. Fue, quizá, el político conservador más precavido de su generación. Trató de crear conciencia en el seno del partido de lo que implicaba la noción de “conservadurismo” y cómo poner en práctica sus principios en la vida cotidiana. En las elecciones fue derrotado por Trudeau tres veces entre 1968 y 1974. Las repetidas derrotas redujeron su influencia, y los subsecuentes líderes conservadores, como Joe Clark y Brian Mulroney, han tenido mejor suerte para ganar las elecciones, pero no se han dedicado a articular el conservadurismo.

FUNDAMENTOS DEL NEOCONSERVADURISMO

En tanto el conservadurismo tradicional tiende a diluirse como fuerza, ha sido reemplazado por una ideología neoconservadora. Los tres apoyos más importantes del neoconservadurismo son el Partido Reformista de Canadá, el Partido Conservador Progresista de Ontario y el Partido Conservador Progresista de Alberta.

Partido Reformista de Canadá

Se inició como un movimiento populista en Canadá occidental, que siempre ha tenido cierto sentido de distanciamiento de los centros de poder de Ottawa, Toronto y Montreal. En el transcurso de los años se han formado diversos partidos de protesta en esta región occidental, siendo el más reconocido y exitoso, en términos electorales, el Partido de Crédito Social de Alberta. El dirigente del partido, y por mucho tiem-

po (de 1943 a 1968) primer ministro provincial fue Ernest Manning, padre del actual líder del Partido Reformista, Preston Manning.

Ernest Manning propugnaba por un conservadurismo social, anti-socialista y de justicia religiosa. Su buena fortuna electoral se vio reforzada por el descubrimiento de petróleo, en 1947, en Alberta. El Partido de Crédito Social dejó de ser una fuerza política algunos años después de su retiro; pero antes, Manning publicó un libro titulado *Political Realignment in Canada*, en el cual propone una fusión de todos los partidos que simpatizan con el conservadurismo social para crear una única fuerza política capaz de derrotar a los liberales. Su intento, ligeramente velado, de ser electo líder del partido falló, y Manning desapareció de la escena política (fue nominado candidato al Senado por los liberales).

Muchas de las ideas de Manning fueron retomadas por su hijo, quien, como muchos conservadores, estaba desilusionado del gobierno que dirigía Mulroney. Los conservadores no sólo eran encabezados por un quebequense, sino lograron que se designara a la mayoría de los poderosos ministros de economía de Canadá occidental, e incluso comprometieron su influencia política tanto o más de lo que jamás había ocurrido entre los liberales. Ciertos grupos de interés afirmaron que las promesas gubernamentales en cuanto a restricciones fiscales eran sólo palabras y, por tanto, el déficit y la deuda habían aumentado.

Fue idea de Preston Manning celebrar una Asamblea Occidental para someter a su consideración si se formaba o no un nuevo partido político. Bajo su sagaz liderazgo, la Asamblea aprobó la formación del nuevo partido, adoptó una plataforma política, celebró una convención para fundarlo y se las arregló para presentar algunos candidatos en las elecciones generales de 1988. Todos los candidatos fueron derrotados, incluido el propio Manning; pero, al año siguiente, en elecciones secundarias, el Partido Reformista logró un escaño en la Cámara de los Comunes.

Manning trabajó incansablemente para aumentar las membresías de su partido. Convenció a sus seguidores de la necesidad de constituir un partido nacional y no sólo occidental. En 1992, con las elecciones en mente, el Partido logró un apoyo del 10 por ciento en las encuestas de opinión pública. Quizá el hecho más significativo de este periodo fue la oposición a las reformas constitucionales del Acuerdo de Charlottetown,

propuestas por Mulroney y los primeros ministros provinciales para obligar a Quebec a aceptar las enmiendas de 1982, mismas que se habían aprobado sin su consentimiento. Todos los gobiernos, el federal y los provinciales, y virtualmente todos los partidos de oposición, estuvieron a favor del Acuerdo, pero todos los dirigentes habían acordado someterlo a un referéndum nacional. Sólo el Partido Reformista se había opuesto al mencionado Acuerdo y parecía que ellos sí representaban el sentir popular y la opinión pública, más que los representantes electos. El Acuerdo fue rechazado por un 54 por ciento en el nivel nacional, y por márgenes más amplios en las provincias occidentales.

Al oponerse al Acuerdo, el Partido Reformista se abocó a diversos asuntos, incluyendo la representatividad garantizada de un 25 por ciento de escaños en la Cámara de los Comunes para Quebec, independientemente del número de habitantes. El Acuerdo pudo incluso haber logrado el reconocimiento de Quebec como una sociedad distinta. El referéndum había incrementado el perfil y la credibilidad del Partido y de su líder. Cuando se convocó a elecciones federales en septiembre de 1993, los conservadores tenían una nueva líder, Kim Campbell, pero una desastrosa campaña y la manifiesta animosidad contra Mulroney desembocó en el colapso de los votos de los conservadores y en una fácil victoria por mayoría para los liberales. El Partido Reformista salió de las elecciones no sólo como el tercer gran partido, con 52 escaños en comparación con los 54 del Bloque Quebequense, sino como el vocero indiscutible de la tendencia conservadora.

Los temas de campaña electoral incluían comprometerse a:

- balancear el presupuesto en un lapso de tres años;
- reducir los impuestos para la clase media;
- reformar drásticamente el plan de retiro para los miembros del Parlamento;
- permitir a las provincias contar con servicios de salud privados y el cobro extra de consultas privadas de los médicos;
- reducir la inmigración y hacer más difícil para los refugiados lograr su entrada a Canadá;
- crear un Senado basado en una representación igualitaria de las provincias, como medio de asegurar a las provincias pequeñas mayor representatividad en el centro;

- descentralizar el gobierno, confiando mayores responsabilidades a las provincias.

Al usar su representatividad en el Parlamento para lograr tales objetivos, el Partido Reformista mantuvo vigente el neoconservadurismo y colaboró al éxito de un partido afín en Ontario.

El gobierno constitucional de Ontario

El segundo sostén significativo del neoconservadurismo es el gobierno constitucional de Mike Harris, elegido en 1995 en Ontario. Durante muchos años, esta provincia había sido gobernada por una serie de primeros ministros provinciales conservadores muy tradicionalistas. Después de una década en la oposición, de 1984 a 1995, surgió el Partido Conservador Progresista, nuevo y diferente, valiéndose de la influencia del derecho estadounidense y del éxito del Partido Reformista.

El Partido Conservador Progresista desarrolló una campaña que denominó “la revolución del sentido común”, mediante la cual los conservadores propusieron un recorte de gastos de ocho mil millones de dólares canadienses. Prometieron grandes recortes a hospitales e internados, gobiernos municipales y de servicio civil provincial. También se comprometieron a reducir el presupuesto de asistencia social y a hacer que toda persona físicamente capacitada que estuviese viviendo de subsidios trabajara para poder recibir pagos de beneficencia. Con un déficit provincial de alrededor de diez mil millones acumulados durante los últimos diez años, los conservadores se comprometieron a balancear el presupuesto para el año 2000 y, al mismo tiempo, reducir la tasa del impuesto sobre la renta provincial en un 30 por ciento. En general, el gobierno ha cumplido con los propósitos anunciados, empezando por las reducciones a la asistencia social y de los impuestos. Independientemente de las críticas de los propios afectados por los recortes y una huelga del sector público sin precedente, el gobierno de Harris mantuvo una buena imagen oficial durante el primer año de gestión.

El ascenso de Harris al gobierno eclipsó el tercer y original pilar del neoconservadurismo: el gobierno de Ralph Klein en Alberta. Por más de medio siglo, los gobiernos de Alberta, cualesquiera que fuese su

denominación, se han orientado hacia el ala derecha del partido. Sin embargo, la gestión de Klein ofrece nuevas perspectivas relacionadas con el futuro del neoconservadurismo en Canadá.

El gobierno conservador de Alberta

Cuando Ralph Klein, alcalde de Calgary, se hizo cargo del Partido Conservador de Alberta, heredado de Don Getty en 1991, el partido enfrentaba una derrota inminente después de mucho tiempo en el poder. La provincia, rica en petróleo, y la única sin impuesto sobre la renta, presentaba déficit después de muchos años de haber obtenido enormes excedentes. Crecía el descontento contra el gobierno de ese entonces. Postulándose como candidato *antiestablishment* Klein logró, por muy escaso margen, el liderazgo del partido. Procedió con celeridad a tomar medidas para recortar presupuestos de programas sociales, educación y sistema hospitalario. Privatizó un buen número de funciones gubernamentales, incluida la venta de bebidas alcohólicas. Las medidas económicas adoptadas no fueron tan drásticas como las de Ontario pero, a pesar de la gran demanda de petróleo y otros recursos naturales, el gobierno de Alberta logró revertir el déficit en menos de tres años. Para mediados de 1996 enfrentó varias alternativas: reducir impuestos, pagar la deuda o restablecer alguno de los programas que había recortado. A diferencia de Ontario, Alberta decidió llevar a cabo la reducción de impuestos y, a la vez que su gobierno afirmó tener cierto interés en “invertir” fondos en programas sociales para sus habitantes, es cierto que el excedente se destinaría al pago de la deuda.

PERSPECTIVAS DEL NEOCONSERVADURISMO EN CANADÁ

Cada partido neoconservador enfrenta distintos problemas. El Partido Reformista tiene la tarea más difícil. Si quiere dejar de ser un partido de oposición de la región occidental para convertirse en un auténtico partido nacional, necesita ganar curules en Ontario. Esto hubiese sido relativamente fácil antes de la elección de Harris. Es muy improbable que los ontarienses apoyen el neoconservadurismo, tanto en el nivel federal

como en el provincial. El Partido Reformista se enfrenta también a un gobierno federal liberal que quiere atraer a los reformistas menos radicales, y a un Partido Conservador que sostiene que puede recuperar su antiguo estatus.

El desafío para el gobierno de Harris es la creación de empleos, que por la reducción de impuestos incrementa más aún el gran déficit global, independientemente de los numerosos —y dolorosos— recortes que impuso a la población. También tendrá que decidir si permite que Ontario mantenga una postura egoísta con respecto a Otawa y a las demás provincias en lo tocante a las negociaciones intergubernamentales.

La labor que enfrenta el gobierno de Klein es la que enfrenta cualquier gobierno que ha durado mucho tiempo en el poder. Debe mantener contacto con el electorado y evitar los escándalos. Su tarea se facilita, en cierta medida, por la ausencia de una oposición parlamentaria fuerte en Alberta.

Los tres partidos neoconservadores han propugnado, con escaso éxito, por una descentralización del gobierno federal, adjudicando cada vez más programas a los gobiernos provinciales. Los tres partidos comparten una posición reticente con respecto a conceder un trato especial a Quebec y a directrices políticas como el bilingüismo y cualquier otra acción que tienda a reforzar a las fracciones francoparlantes y otras minorías.

La insistencia en un gobierno de la mayoría y el pretender objetivos económicos por encima de los sociales constituyen una franca ruptura con las tendencias imperantes aceptadas por la sociedad canadiense que, con ocasionales desvíos, han mantenido siempre los gobiernos canadienses, independientemente del partido a que pertenezcan. Los quebequenses, cuyo apoyo a la federación, en el mejor de los casos, es condicional, serán los primeros en percatarse si la agenda de los neoconservadores los excluye, en la práctica, de una participación directa en la política de Canadá.